



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10978

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 7 DE JUNIO DE 1886

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

EL GAÑAN Y EL PASTOR

Y va de cuento.

Hubo un pastor, no allá en los tiempos de la feliz Arcadia sino en otros muy posteriores, cuyos corderos, aunque pocos, eran la admiración de los demás pastores por su hermosura, por su peso y por sus lanas. Envidioso un gañán, en cuya hacienda no había otras ovejas que las que le produjo el fruto de la codicia y la rapiña, quiso probar fortuna y atacar al pastor para robarle lo mejor de su hato. Era el pastor débil de cuerpo, pero entero de alma, y nunca le asustaron los gañanes ni le amedrentó el fragor de una tormenta. Monte arriba, monte abajo, cuidaba de su rebaño sin preocuparse de la hacienda ajena.

Quando lo creyó oportuno, acercóse el gañán al pastorico para echar mano del más hermoso de sus corderos. Opúsose el zagal, apeló aquí á la fuerza y se trabó entre ambos descomunal batalla, en la cual, si no perdió el pastor ni la oveja ni sus bríos, llegó en cambio á rendir al audaz provocador.

Presenciaron la lucha algunos perros, y aunque alguno intentó ladrar y aun exhaló un ladrido, alzó el gañán el látigo, y con el rabo entre las piernas, se marchó cada can á su rebaño.

Y como el portugués, que desde el fondo del pozo perdonaba la vida al castigado, díjole el gañán al pastor:

—Te has balido como un héroe y yo te admiro. Dame la oveja y sellemos las paces. Es verdad que te ha dado algun porrazo que te debe doler, pero tienes tal fuerza de voluntad, que nadie dirá que te duela, ni que estés fatigado de la lucha.

—El pastor le ocupó al rostro por

respuesta, sacó de su zurrón el caramillo, y al dulce son del bucólico instrumento, acompañó el rebaño á su pequeña hacienda.

¿Y el gañán? Dice el cuento que volvió á la suya y llamó á conferenciar á los pastores circunvecinos, ofreciéndoles alguno de los corderos codiciados, si con sus buenos oficios lograban del zagal que le cediera amistosamente el que tanto apetecía.

Hasta aquí el cuento que nos trae á la memoria la siguiente noticia telegráfica:

«Los Estados Unidos quieren proponer la paz á España bajo la independencia de Cuba, porque nuestra nación ha probado en Cavite que sabe defenderse.»

Semejante noticia, si no la consideráramos una broma de alguna agencia telegráfica, la tendríamos por una burla por parte de los yanquis. Y si para lograr la paz con estas bases ha de venir la intervención europea, la creemos absolutamente inútil.

España ha probado que sabe defenderse. Esto lo reconocen los Estados Unidos y en este concepto, pues pacten si quieren la paz por la cuenta que les tiene y el miedo de que están sobrecogidos. Pero, consteles á esa nación y á las que en ello intervengan, que no es España quien la pide. Y no porque la quiera, sino porque no la rehuye, probado como queda que sabe defenderse.

En este sentido, pues, no toca á los norte-americanos tales ó cuales condiciones. A España, sí, que fué la provocada y no ha de ceder un palmo de terreno.

Como no perdió una oveja el pastorico del cuento.

GLORIAS NACIONALES

Episodio del sitio de Grave (Países Bajos). 7 de Junio de 1886.

En el sitio que, obedeciendo órdenes

de Alejandro Farnesio, Carlos de Mansfeld puso con 7000 hombres á Grave, la situación de los sitiados llegó á ser muy precaria y calamitosa, con motivo de la escasez de víveres.

Noticiosos de ello los protestantes, aprovechando un refuerzo de hombres que les envió la reina Isabel, de Inglaterra, mandaron á socorrerles con 3000 soldados al general holandés Holack y el coronel inglés John Norris, quienes avanzando por la margen izquierda del Mosa, y después de ocupar los fuertes de Batemburg y Rabenstein, Holack avanzó con 500 hombres escogidos, hasta situarse á una milla de los atrincheramientos españoles, por la parte en que estos tenían un puente de barcas, para cortar á los sitiados la comunicación por el río.

Durante la noche el protestante se atrincheró en el dique maestro, frente á Grave y por tal razón, tan luego la luz del nuevo día permitió ver á los españoles lo hecho por los rebeldes, Mansfeld envió en las primeras horas de la mañana á 1000 soldados contra ellos.

Artrastradas por el ansia de pelea, unas compañías se adelantaron á otras á atacar, y aunque á la postre los españoles, no hicieron dueños de los atrincheramientos enemigos, tal imprudencia les costó tres asaltos y bastantes bajas.

No contentos los nuestros con el triunfo conseguido, persiguieron al enemigo hasta cerca de Batemburg, donde se habla quedado el grueso de él.

Empeñado combate, el ardor de la pelea mezcló á los combatientes y les hizo luchar en medio de una gran confusión.

Quando más encarnizada y confusa era la lucha, el abanderado de la compañía del capitán Ortigosa vióse rodeado por numerosos ingleses, quienes, después de porfiada pelea, lo derribaron, sin que por esto él se dejara arrebatar la gloriosa enseña que defendía hasta después de muerto, mas cuando los ingleses se retiraban orgullosos con su trofeo, el sargento Gerónimo de Vega dió sobre ellos y recobró la bandera; pero acometido por sus enemigos cuando corría á su campo, cayó en tierra y perdió con la bandera la vida.

Pero Dios no tenía dispuesto que aquella tan costosa y disputada enseña

fuera trofeo de los protestantes, pues un compañero del valiente y heroico Vega, al ver lo ocurrido á este y que el enemigo se llevaba la bandera, se arrojó sobre el que la conducía, y luchando á brazo partido con él le dió muerte y se la arrebató, huyendo con ella, y aunque herido, logró entregarla, hecha girones y empapada en la sangre de los valientes que la defendieron, á su capitán.

Maese Rodrigo.

(Prohibida la reproducción.)

CRÓNICA MADRILEÑA

SUMARIO: La victoria del martes y sus efectos.—Nuevas ansias y nueva victoria.—La estatua de Velázquez.—El Ateneo y el Círculo de Bellas Artes.—Las obras y la miseria.—Dos que se complementan.

Durante la mañana se habían acentuado los rumores de un combate en aguas de Santiago de Cuba.

Se decía que la marina y los soldados de tierra habían conquistado una página gloriosa para nuestra Historia... que Sampson, el nuevo enano de la venta, había sido barrido de la cubierta del «New-York» por una granada de los nuestros; que se habían hundido en el mar dos barcos americanos y que otros se retiraron con grandes averías... pero nadie confirmaba los rumores, y la ansiedad crecía y la sed de noticias nos ahogaba á todos.

Comentando estábamos en la Exposición del Círculo de Bellas Artes la escasez de concurrencia que se veía en el concierto patriótico, cuando un amigo, redactor de un popular diario de la mañana, díjonos que los rumores habían dejado de ser tales para convertirse en noticias concretas y veraces; en una palabra: que las defensas de la bahía de Santiago habían rechazado á la escuadra yanqui.

La noticia corrió por el Palacio de Cristal como conducida por fluido eléctrico, y ya no se habló de otra cosa.

Las notas musicales del concierto no eran escuchadas con atención; la grandiosidad y poesía del manoseo de Gayerre presentábase ante la vista de todos como obra torrosa y sin atractivos.

y las pinturas colgadas de los muros habíanse convertido en manchas incoloras é inarmónicas.

La agradable nueva, la confirmación de los rumores tan amorosamente acogidos, llenó de contento los espíritus y la ansiedad se dibujó en todos los rostros; pero no la ansiedad dolorosa y mortificante, hija de la duda, sino la engendradora por la sed de tener más noticias de un hecho altamente satisfactorio y feliz.

¡Y qué agitación tan grande se notaba en la población!

La calle de Alcalá era un hervidero de gente que comentaba y sonreía. Los coches rodaban más de prisa que de costumbre y con la relativa celeridad que ellos marchaba la gente, en busca de nuevas noticias que calmaran su devoradora curiosidad.

En los alrededores del Congreso y en el salón de Conferencias se veían gentes sudorosas y jadeantes, y en la Puerta del Sol, en ese centro donde siempre se han reunido los tácticos y políticos espontáneos, los grupos eran más numerosos que de costumbre, y en ellos se discutía y se comentaba en alta voz.

Aunque lo ocurrido no han sido hechos decisivos, debemos estar muy satisfechos del curso de la guerra.

El martes una victoria, el viernes otra, y acaso á la hora en que estas líneas trazamos, nuestros bravos marinos y nuestros heroicos soldados de tierra, para atestiguar lo mucho que valen los hijos de España y lo cobardes é inhábiles que para la guerra son los yanquis, hayan agregado una más á la regular lista de las que en la actual guerra han conseguido las armas españolas.

Desde el miércoles, día en que España tuvo noticia de lo ocurrido en Santiago de Cuba, Madrid, como seguramente el resto de la península, no ha desoído por esperar las noticias del segundo combate que se anunciaba.

Los espíritus han vivido en constante tensión. En los rostros veíase grabada la ansiedad, y al fin la sed mortificante de noticias háase visto calmada con otro nuevo triunfo.

Querían cerrar el puerto de Santiago, y los planes les han fallado de nuevo.

¡Gloria á los heroicos defensores de los derechos de España!

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 876

CARLOS II EL HECHIZADO

877

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 880

para real, llevará estampadas en sus sentencias las firmas de S. M., y entonces ya no habrá otro remedio.

—Pediríamos su perdón.

—Ya sería tardío, amigos míos. ¿Ignorais que en estos casos supremos, el monarca se humilla ante el Santo Tribunal y que la potestad de éste es mayor que todas las demás potestades? ¿No sabeis que en las más solemnes funciones de este género, Carlos II se sienta en un dosel más bajo que el del inquisidor general? Esos centinelas multiplicados que veis por todas las galerías y pasadizos; esas órdenes severas; esas consignas misteriosas, son efecto de las providencias dictadas por los agentes del Santo Oficio... ¡Oh! amigos míos; yo, á pesar de ser ministro universal, me estrellaría contra esa roca insuperable, que se mantiene ileso desde los tiempos de Torquemada, y nada conseguiría.

—¿Con que no hay esperanza para nosotros?

—La veo irrealizable, pues ya sería tarde cuando consiguiérais el perdón.

Martín y León se miraron como si una determinación extraña brillase en sus ojos.

—Señor duque, dijo el último adoptando una calma sombría; conozco que no debemos esperar sino

en nosotros mismos: por lo tanto nosotros le salvaremos ó pereceremos con él.

—¿Intentais acaso oponerse á la ejecución de la sentencia?

—Sí.

—Entonces, contestó noblemente Medinaceli, ya sabeis donde está mi casa... Allí tenéis un asilo.

Una llama de entusiasmo brotó como un relámpago luminoso de los ojos de los caballeros.

—Gracias, contestó el capitán León con el tono arrogante y marcial que usaba en las ocasiones solemnes: acaso dentro de pocas horas tendremos que hacer uso de vuestro ofrecimiento.

Se pusieron los sombreros, y ya iban á salir de la galería cuando el estrépito de muchos pasos les detuvo.

Aquel ruido emanaba del crecido número de notarios y comisarios del Santo Oficio, que caminaban silenciosamente detrás del inquisidor general, el cual salía de la cámara del rey, con la mirada resplandeciente, la cabeza elevada, y con todo el orgullo de un potentado más grande que el monarca. Cada notario llevaba debajo del brazo una canoa.

Aquellas tiesas, negras y pavorosas figuras pasaron como una fantástica procesión de diablos, encaminándose para saborear un deleite horrible.

Luego que pudieron penetrar en medio de la multitud, sin exponerse á llamar la atención, se dejaron conducir por una impetuosa corriente de hombres y mujeres que serpenteaba á lo largo de la calle de la Montera y se perdía en la entrada de la de Fuencarral. Uno y otra resistieron con paciencia los empujones de la concurrencia, hasta que lograron llegar á la indicada calle.

León se puso de puntillas y buscó con los ojos la hostería de la Cruz blanca, cuyos balcones estaban atestados de gente.

En la puerta principal descubrió un gigantesco coche, que ya principiaba á ser un estorbo en medio de las oleadas de aquel mar de cabezas.

El capitán se lo hizo notar á Martín por una seña y sus corazones latieron de alegría.

Después de abrirse un camino por entre las apiladas masas del pueblo, lograron por último acercarse al carruaje, el cual recibía en aquel momento un diluvio de groseros diatribos, invitando al cochero á que dejase libre el sitio que ocupaba su máquina.

Pero el cochero debía de ser uno de esos enanos remáticos que se hacen sordos á toda clase de injurias y se contentaba con mirar estúpidamente á los que vomitaban contra él todas las amenazas.